

las granadas dulces y abiertas; imágenes propias del corazón sacramental de Jesús.

11. JESÚS REPARADOR.—Pues bien; como de estas almas buenas, penitentes y fervorosas hay pocas, y los pecados de los hombres son muchos, vese clara la necesidad de Jesucristo *reparador*, que supla desde el Tabernáculo lo que nosotros no podemos, no sabemos y aun no queremos hacer. Este es el primer oficio de Jesús en la Eucaristía: *reparar nuestras faltas y suplir por nuestras ingratitudes y tibiezas*. La reparación es necesaria; ella, sin embargo, es imposible para el hombre solo: pero ¡gloria á Dios! la reparación la hace por completo Jesús sacramentado. Fijémonos bien en estas ideas.

12. Que la reparación del orden perturbado por nuestras culpas es necesaria, no se puede negar, porque el hombre por su malicia no ha de quedar triunfante de la infinita bondad y sabiduría de Dios en sus obras. El pecado altera el orden moral querido por Dios; y si Dios lo consiente, no es para siempre; por esta razón, cuando vemos hombres indiferentes que viven olvidados de su divino Hacedor, cual si de Él no dependieran y nada le debieran; cuando vemos otros que, teniendo en nada los mandamientos divinos y los preceptos de la Iglesia, ultrajan con sus crímenes á la soberana majestad del Señor; cuando, por fin, vemos algunos tan sobremanera impíos y tan rematadamente locos que, llenos de soberbia y malicia, rechazan á Jesucristo, reniegan de Él con ansias de anonadarle si pudieran, entonces el hombre sensato no puede menos de quedar lleno de asombro ante la paciencia infinita de Dios, y de exclamar: «¡Esto es inicuo, esto clama venganza, esto exige una *reparación!*»

13. ¿Podrá el hombre por sí solo darla perfecta y cumplida, tal como reclama la dignidad de Dios ultrajada, y los decretos inexorables de su eterna justicia?—No, en manera alguna; porque las ofensas hechas contra el Ser Supremo revisten cierta infinidad, y el hombre es finito. El culpable puede pedir perdón, puede hacer penitencia, puede ser perdonado por Dios y recobrar la gracia primitiva, y aún más, si al Señor le place; pero *reparar* por completo y por sí mismo la injuria irrogada al Altísimo... ¡ah! eso no; para ello se requiere un Reparador infinito, que pueda satisfacer infinitamente. Es decir, que si el hombre ha de reparar la ofensa hecha á Dios por el hombre, es de necesidad que la haga un Hombre-Dios, ó sea nuestro Señor Jesucristo, único que puede hacer adecuadamente la reparación debida; único que tiene derecho

á que su reparación sea dignamente aceptada, porque Él solo es purísimo, Hijo de Dios, y Dios como el Padre; único que conoce la ofensa en toda su enormidad, y único que la ha expiado con merecimientos y satisfacciones infinitas. Jesucristo es el *único Reparador* en toda la extensión de la palabra, y nosotros obtenemos el perdón de nuestros pecados y la amistad de Dios, principalmente por nuestra unión á Él y por causa de Él.

14. Ahora bien; si la reparación es de todo punto necesaria, y sólo puede hacerla Cristo nuestro Señor, ocurre preguntar: ¿La hizo en efecto? Sobre este particular no se pueden abrigar dudas, y no hay cosa más sabida; es como el *abecedé* de la vida cristiana. Oigamos al mismo Cristo.

Yo soy—dice—el buen Pastor, y sacrifico mi vida por la de mis ovejas (1). *Yo soy la puerta, y todo el que entre por mí, se salvará entrará y hallará pastos* (2). *Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie llega á mi Padre sino por mí* (3). *Sin mí nada podéis hacer.*

Lo cual es como si Jesús dijera: *Yo soy el camino* del cielo, porque os le he abierto con mi sangre redentora, porque he satisfecho por vosotros, porque os lo he enseñado con mi ejemplo y doctrina, porque os he merecido la fe, la gracia y la gloria.—*Yo soy la verdad*, origen de todo lo verdadero, y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad (4).—*Yo soy la vida*, y la vida está en mí, y mi vida es la luz de los hombres (5). *El que me halla, halla la vida y la salvación* (6).

Esto y mucho más dice nuestro dulcísimo Jesús para hacernos entender que Él, y únicamente Él, ha sido y es reparador de nuestras pobres almas. Cuesta trabajo pasar en silencio los hermosos conceptos que sobre este punto enseñan los Doctores y los Santos: citemos á lo menos algunos de ellos.

15. Jesucristo es el *camino* por el cual hemos de subir al cielo; es la *verdad*, regla de nuestra fe, que nos enseña las verdades divinas; es la *vida*, y sólo Él puede darnos la vida que esperamos.

Jesucristo, en cuanto hombre, es el *camino* que nos conduce á

(1) Ego sum Pastor bonus; et animam meam pono pro ovibus meis. (Joann., X, 14-15.)

(2) Ego sum ostium. Per me si quis introierit, salvabitur; et ingredietur, et egredietur, et pascua inveniet. (Joann., X, 9.)

(3) Ego sum via, veritas, et vita. Nemo venit ad Patrem, nisi per me. (Joann., XIV, 16.)

(4) Joann., XVIII, 37.

(5) In ipso vita erat, et vita erat lux hominum. (Joann., I, 4.)

(6) Qui me invenerit, inveniet vitam, et hariet salutem. (Prov., VIII, 35.)

su Padre, pues ninguno va al Padre sino por Él; en cuanto Dios, es la *verdad* misma personificada, y fuente de toda verdad; en cuanto Dios-Hombre, es la *vida*, sin la cual permanecemos en la muerte.

Dice Jesús: ¿Por dónde queréis ir?—Soy el *camino*.—¿A dónde queréis ir? Soy la *verdad*.—¿A dónde queréis vivir? Soy la *vida*. (S. Agust., Serm. 55, *De verb. Dom., in Joann.*)

Si Jesucristo—dice San Hilario—es el *camino*, no necesitamos más guía; si es la *verdad*, no nos engaña; si es la *vida*, á El iremos hasta por la muerte. (Lib. VII, *De Trinit.*)

Jesucristo—añade San Ambrosio (*in Psalm. XXXVI*)—es la vida en todo. Su divinidad es la vida, su eternidad es la vida, su carne es la vida y su pasión es la vida.

Dios—dijo San Juan—*nos ha dado la vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que posee al Hijo, posee la vida, y el que no le posee, no hay vida en él, está muerto* (1).

Luego Jesucristo, como *sacerdote eterno según el orden de Melquisedech* (Psalm. CIX, 5), y como *camino, verdad y vida* de nuestras almas, es el gran Pontífice que *ha reparado* todas las culpas del linaje humano, sacrificándose por nosotros en la cruz y perpetuando el sacrificio cada día en nuestros altares. Esta reparación la hace sin cesar, ya por el estado continuo de anonadamiento y de inmolación que tiene en la Eucaristía, ya por la oración suplicante que no cesa de elevar á Dios desde la soledad de nuestros sagrarios.

16. JESÚS ADORADOR.—Pero aún ejercita Jesús sacramentado otro oficio para con su Eterno Padre, que es la *adoración* continua, supliendo la que nosotros debemos al Señor, y que no siempre hacemos ni podemos hacer.

Jesús comprende la grandeza infinita de su Padre celestial, y las alabanzas, y súplicas, y sumisión y amor que le debemos; comprende *la nada* de nuestro ser, y lo remisos y tibios que somos en cumplir tan sagrada obligación, y por eso desde el Sacramento Eucarístico le rinde los homenajes más cumplidos, prestándole adoración *continua, perfecta y universal*. Continua, prolongándola hasta la consumación de los siglos; perfecta, porque no puede darse ni mayor abajamiento, ni sumisión más absoluta; universal, puesto que la hace en obsequio de todas las criaturas, para que su Eterno Padre sea por todas adorado y glorificado. Nosotros, pues, uniéndo-

(1) Vitam aeternam dedit nobis Deus; et haec vita in Filio ejus est. Qui habet Filium, habet vitam; qui non habet Filium, vitam non habet. (1.^a, V, 11-12.)

donos á Jesús en el Santísimo Sacramento, rendimos á Dios toda la adoración que le debemos, y que en rigor de justicia le corresponde. ¡Cuánto suple por nosotros la divina Víctima encerrada en nuestros tabernáculos!

17. JESÚS NUESTRO TODO.—Por último, Jesucristo, en el recinto sagrado del altar y oculto bajo las humildes especies sacramentales, hace para con nosotros todos los buenos oficios que podemos desear. No es posible detenernos á considerarlos, y sólo diremos que allí ejercita en nuestro obsequio las funciones de *Padre*, de *Amigo* y de *Maestro*.

En cuanto Padre, sustenta nuestra vida espiritual haciéndose El mismo nuestro *alimento*. Con amor de Padre nos conserva y robustece la vida que nos dió como *Creador* y *Santificador*; y si la perdemos por el pecado, torna á dárnosla como *Redentor*. Con amor de Padre tiene compasión de nosotros cuando nos ve necesitados, y su amor es tan tierno y afectuoso, que no hay en la paternidad humana cosa que le iguale. Su amor es *eficaz y laborioso*, de tal suerte, que cuanto hizo en su vida mortal en favor del hombre, continúa haciéndolo sin cesar en su vida eucarística. Su amor es *paciente*, y no sólo disimula nuestros defectos, sino que los soporta y perdona. Su amor es *vigilante*, y al mismo tiempo que nos advierte y corrige, nos alecciona y ayuda. Su amor, en fin, es *generoso*, pues, como ya llevamos dicho, se nos da todo entero, cuerpo, alma y divinidad. ¿Es posible concebir ni desear Padre más bondadoso?

18. Pero como el Padre, por tierno y dulce que sea, infunde siempre cierto respeto á sus hijos, dignase además Jesús sacramentado tenernos por *amigos*, tratándonos como de igual á igual. Complácese mucho en mirarnos á su lado; nunca nos impide que estemos donde El esté, y con segura confianza de ser bien recibidos, podemos visitarle cuando nos plazca, y despedirnos, y tornar de nuevo cuantas veces queramos. ¿Hállase en el mundo un amigo semejante?

Es más; El, cuando estamos en su compañía, se deleita en consolarnos en todas nuestras penas, y aun nos invita á que depositemos nuestras aflicciones en su propio corazón. *Venid á mí*—dice—*todos los que estéis cargados de trabajos, que Yo os consolaré*.

Pues cuando nos ve con dudas y perplejidades en nuestra alma, ¿quién que le consulte no oye amorosos consejos, y no siente desaparecer los temores, y no queda iluminado en su inteligencia, viendo claro y patente lo que le conviene hacer? ¡Oh! En Jesús sacramentado encontramos todos los tesoros que necesita nuestra

alma, ya para dulcificar el corazón, ya para iluminar nuestra inteligencia, ya para subvenir á todas las necesidades de la vida material, pues nada nos niega en nuestras oraciones, cuando lo que pedimos nos es verdaderamente útil y necesario.

Por último, Jesús en el Santísimo Sacramento es para nosotros un celestial *Maestro*, y, por lo que dejamos indicado, puede comprenderse bien la bondad, la claridad y la eficacia de sus silenciosas, pero elocuentes lecciones.

19. Con toda la claridad lo hemos visto en éste y en los capítulos que preceden. La grandeza de la Eucaristía se ostenta magnífica á la inteligencia de todo hombre de fe, no sólo *por las perfecciones divinas que ella nos muestra y por los misterios sublimes que nos revela*, sino muy principalmente *por las portentosas y celestiales lecciones que con lenguaje mudo nos suministra desde el sagrado Tabernáculo*. Allí nos dan voces la *humildad, mansedumbre y paciencia* de Jesús sacramentado; allí descubrimos su *obediencia, pobreza y castidad*, llevadas al último grado de perfección posible é imaginable; allí se nos ofrecen de relieve *los prodigios de amor y de oración* sublime que atesora el corazón eucarístico de nuestro dulcísimo Salvador; allí son de admirar y de agradecer las funciones sagradas que, ya respecto de Dios, ya respecto de nosotros, ejercita la divina Víctima por modo tan inefable, suave y misterioso, que aun los mismos ángeles quedarán asombrados de tan inauditas maravillas; allí contemplamos al *Reparador* por excelencia, que da mérito y eficacia á nuestras pobres é insuficientes reparaciones; al *Adorador* celestial que, humanado y sacramentado, da á Dios gloria infinita y por modo infinito; allí, finalmente encontramos un *Padre* amoroso, un *Amigo* fiel y un *Maestro* infalible. ¿Qué puede faltar al hombre y á las sociedades todas teniendo cerca de sí, y aun dentro de sí, al mismo Dios hecho hombre, á Dios-Hombre hecho víctima, á Dios víctima hecho nuestro alimento y formando una sola cosa con nosotros?

¡Oh! *Jesucristo*—dijo Jeremías (Lament. IV, 20)—*es el aliento de nuestra boca, el respirar de nuestro corazón. Viviremos, Señor, bajo tu sombra*. He aquí lo que hemos de hacer nosotros: vivir bajo la sombra de Jesús Sacramentado; vivir de su propia vida, y que El sea el aliento de nuestro espíritu y el respirar de nuestro corazón. Digamos con el Apóstol: *Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; y ya vivamos ó ya muramos, somos pertenencia del Señor*. (Rom., XIV, 8.)

CAPITULO XXII

Efectos generales de la Eucaristía.

1. El Corazón de Jesús es fuente de aguas vivas.—2. En la Eucaristía está sediento de prodigarnos bienes.

EL Corazón *sacratísimo* de Jesús en la Sagrada Eucaristía es la fuente de aguas vivas donde la Samaritana, esto es, nuestra alma pecadora, ó, lo que es lo mismo, la sociedad degradada, puede encontrar la gracia, el bienestar, la felicidad y la salvación eterna. Son maravillosos los efectos del Santísimo Sacramento en los *individuos*, en las *familias* y en los *pueblos* cuando hay fe en los corazones, y por eso, aunque sea por vía de ensayo, se nos perdonará que añadamos aquí un nuevo capítulo.

Si fuere permitido comparar al Señor con sus siervos, parécenos ver al corazón amante de Jesús sediento en la Eucaristía, á la manera que lo estaba el corazón de Eliezer, siervo de Abraham, cuando éste le envió á la fuente de Nachor para encontrar en Mesopotamia una digna esposa para su hijo Isaac. Sediento y fatigado Eliezer, descansando junto al pozo, vió venir á la joven Rebeca, y la dijo: *Dame de beber un poquito de agua de tu cántaro*.—Ella contestó: *Bebe, señor mio, y también sacaré agua para tus camellos*. (Genes., XXIV, 17.)—Pequeño fué el don; mas Eliezer, agradecido, le dió en retorno zarcillos de oro para su rostro y brazaletes para sus manos, eligiéndola además para esposa del hijo de su señor.

¡Qué pasaje tan tierno y delicado! Pero ¿qué es esto, en comparación de nuestro dulcísimo Redentor, enviado por su Padre celestial á esta tierra de miserias para buscar á nuestra pobre alma, como Eliezer á Rebeca, pedirla un pequeño servicio (corresponder á su gracia) y en retorno colmarla de dones más preciosos que los de Eliezer, y elegirla por esposa suya para siempre? (*Sponsabo te mihi in sempiternum.*)